



ACADEMIA HISPANOAMERICANA DE DOCTORES

DISCURSO DE INGRESO PRONUNCIADO POR EL

ILMO. DR. D. ANTONI PREVOSTI MONCLÚS

EN EL ACTO DE INGRESO COMO ACADÉMICO DE NÚMERO

EN VIC (BARCELONA), EL DÍA 5 DE JUNIO DE 2026

Sr. Presidente de la Academia Hispanoamericana de Doctores, ilustres autoridades académicas, distinguidos colegas, amigos, Sras. y Sres.:

A todos Vds. mi más gozosa y cordial salutación.

Es para mí un honor inesperado ser admitido hoy en la joven pero ilustre Academia Hispanoamericana de Doctores. También ha constituido para mí una sorpresa y una satisfacción añadida el verme recibiendo ese honor en una compañía tan numerosa y a la vez selecta, y en un acto tan esplendoroso, en el que se celebra en particular un especial reconocimiento a profesores y amigos míos que son o que fueron, como el Dr. Eudaldo Forment y el Dr. José Luis Arce.

Todo esto me hace sentir algo confundido y perplejo, pero sin duda y sobre todo, sinceramente agradecido. Agradecido, en primer lugar, a la misma Academia Hispanoamericana de Doctores, a su presidente, el estimado profesor Dr. Óscar Yecid Aparicio Gómez, y asimismo a cuantos han contribuido, con su sugerencia o con su apoyo, a mi admisión en el seno de ella. ¡Muchas gracias, de corazón!



Detrás de este acto yacen 45 años de profesor de filosofía en la Universidad de Barcelona. Lo cual significa que mi agradecimiento se extiende necesariamente hacia una multitud de personas, de encuentros, de intercambios, sin los cuales hoy yo no estaría aquí: profesores, compañeros, alumnos... a todos, tanto si los recuerdo como si no los recuerdo, les debo lecciones y estímulos. ¡Muchas gracias, también, a ellos!

Sin embargo, quiero destacar en particular a los que contribuyeron más decisivamente a mi formación universitaria y académica. La lista podría ser más larga, pero hoy me contentaré con dejar públicamente constancia de cuatro nombres, de cuatro profesores de la UB, de los que principalmente diría que me enseñaron a pensar y, de algún modo, de resultados, me enseñaron a enseñar. Me refiero al Dr. Josep Vaquer Timoner, al Dr. Jordi Sales Coderch, al Dr. Josep Maria Petit Sullá y al Dr. Francisco Canals Vidal. Los que me conocen saben que considero al Dr. Canals como mi maestro en filosofía; pero también de los otros tres recuerdo que aprendí cosas esenciales.

Puesto que se me han concedido 10 minutos en el uso de la palabra, en los que no cabría un detalle de lo que recibí de cada uno, me ha parecido mejor ofrecer ahora, en reconocimiento de ellos y de su valía como profesores, un par de pensamientos, una pequeña divagación sobre el oficio del doctor —la enseñanza— que, aunque a primera vista lo pone en entredicho, me ha dado que pensar más de una vez y me ha hecho comprender mejor, creo, su auténtica naturaleza.

Voy a leerles, si me lo permiten, tomado del Zhuangzi (un libro de la antigüedad china que se suele clasificar en la tradición taoísta), un apólogo que pone en cuestión la posibilidad de la enseñanza y especialmente el papel de los libros. Dice así:

«El duque Huan leía en el piso alto de su palacio. Su fabricante de ruedas, Pien, labraba una rueda en el piso bajo. Dejando el martillo y el escoplo, subió al piso. Dijo al duque Huan: Me



tomo la libertad de preguntar al duque de qué trata ese libro que está leyendo. El duque le contestó: Son dichos de los santos. Preguntóle: ¿Esos santos viven aún o no? El duque le contestó: Ya murieron. Repúsole: Entonces lo que el duque, mi Señor, está leyendo son los residuos que dejaron esos santos. El duque: Estoy yo leyendo mis libros y ¿cómo un fabricante de ruedas tiene la osadía de venir a discutir lo que yo leo? Si tienes algo digno de decirme, bien; si no, eres muerto. Pien, el fabricante de ruedas, le contestó: Yo, su servidor, juzgo por la experiencia que tengo de mi oficio. Sí, al labrar la rueda, doy demasiado suave, resulta demasiado blando el golpe y no hace mella; si, al contrario, doy demasiado fuerte, resiste, salta y no entra. Ni demasiado suave ni demasiado fuerte; la mano llega a compulsarlo y se conforma a mi voluntad. La boca no es capaz de expresar con palabras la medida entre esos dos extremos. Su servidor no ha podido enseñárselo a su hijo y el hijo de su servidor no lo ha podido aprender de mí. Por eso, a pesar de haber llegado ya a los setenta años de edad, aún tengo yo mismo que seguir esculpiendo ruedas. También aquellos santos antiguos murieron sin haber podido transmitir (su arte). Así lo que su Majestad está leyendo no son más que los residuos de los antiguos.» (De Chuang-tzu, cap. 13, § 12; traducción de Carmelo Elorduy S.I., 1967).

Creo que no es necesario mucho comentario. La experiencia de lo que no se puede expresar con palabras la tenemos todos, y pensemos solamente, por poner un ejemplo, en el problema de cómo determinar el punto medio de la virtud entre el exceso y el defecto viciosos. O incluso, siguiendo a Platón: ¿se puede enseñar la virtud? Y en la raíz: ¿se puede transmitir realmente la sabiduría?

Sin embargo, hemos dedicado nuestras vidas a la palabra, a los textos, e incluso, tal vez, hemos escrito libros...

San Agustín corrobora la opinión del fabricante de ruedas chino, pero nos ofrece algo más. Afirma, en efecto, en el De Magistro, dialogando con su hijo, que en realidad nada se aprende



gracias a las palabras u otros signos. Son las cosas mismas, dice, manifestadas interiormente por Dios a nosotros, las que nos enseñan su verdad: “Comprendemos la multitud de cosas que penetran en nuestra inteligencia, no consultando la voz exterior que nos habla, sino consultando interiormente la verdad que reina en el espíritu; las palabras tal vez nos muevan a consultar”. (§ 38)

¿Qué es lo que ocurre, entonces, con el maestro humano? Ved cómo lo pone en su sitio San Agustín, en este pasaje espléndido del De Magistro:

“Una vez que los maestros han explicado las doctrinas que profesan enseñar, las leyes de la virtud y de la sabiduría, entonces los discípulos consideran consigo mismos si han dicho cosas verdaderas, examinando según sus fuerzas aquella verdad interior. Entonces es cuando aprenden; y cuando han reconocido interiormente la verdad de la lección, alaban a sus maestros, ignorando que elogian a hombres doctrinados más bien que a doctores, si es que, con todo, ellos mismos saben lo que dicen. Mas se engañan los hombres en llamar maestros a los que no lo son porque la mayoría de las veces no media ningún intervalo entre el tiempo de la locución y el tiempo del conocimiento; y porque, advertidos por la palabra del profesor, aprenden pronto interiormente, piensan haber sido instruidos por la palabra exterior del que enseña.” (De Magistro § 45; trad. del P. Manuel Martínez, O.S.A.)

San Agustín está, obviamente, recordando las palabras de Jesús a sus discípulos: “uno solo es vuestro Maestro”, y advierte que el doctor humano no tiene en realidad, en sentido estricto, la capacidad de enseñar. Sin embargo, como tenemos el don de la palabra, sin duda para algo, el profesor humano, con sus lecciones y con su diálogo con los discípulos, proporciona algo indispensable: es el canal natural de una tradición necesaria, en la cual debemos reconocer que tiene, en verdad, una misión grande, a la vez que una función humilde.



Valga esto como agradecimiento y homenaje a todos los doctores y maestros que gastaron y gastan sus fuerzas en esta labor.

Muchas gracias.